

cela) y el *ellipsiprymna* (el kobo de media luna), la cabra montés es la *Capra sinaitica*. De estos cuatro animales sólo subsistía en tiempo del imperio medio la gacela Ariel y en el nuevo imperio desapareció por completo la cría de los antílopes. El culto de los animales fué causa, además, de que los egipcios entraran en relaciones con una porción de los que hacían vida salvaje, como por ejemplo el cocodrilo, el icneumón y el ibis, que eran criados en los corrales de los templos, debiéndose quizás á esto la domesticación del gato que por varias razones se quiere atribuir á los egipcios. En cambio otros animales importantes fueron llevados al país del Nilo desde otros territorios: el caballo no aparece en los monumentos egipcios hasta la décimo-octava dinastía y después de una interrupción durante el tiempo en que ésta dominó, motivada por la invasión de los pastores, lo encontramos como animal doméstico común. No sucede lo propio con el asno, pues ya en una inscripción de la cuarta dinastía vemos mencionado un rebaño de 760 de estos animales que en el «antiguo imperio» debieron ser muy abundantes. Esto corresponde también al hecho de que el Génesis habla de asnos y no de caballos que en cambio son comunes en el Exodo. El camello que para los actuales egipcios es uno de los animales más importantes como bestias de carga, por su leche, por su pelo y hasta por su carne, era desconocido para sus antepasados, quienes tampoco conocían el búfalo. El buey con ser de muy antiguo indígena en el país del Nilo, como lo demuestra la adoración del dios con cabeza de toro, fué probablemente importado en él desde el Asia, pudiendo decirse otro tanto del búfalo.

CAPÍTULO IV

OJEADA SOBRE EL CÍRCULO DE PUEBLOS ERITREOS

«Las invasiones á menudo repetidas de un pueblo dentro de otro, como las que observamos en los habitantes de la península arábiga que se encaminan á los países africanos que enfrente de ellos se extienden, acaban por hacer, en el fondo, de dos territorios uno solo.»

Los pueblos del mar Rojo. — Estructura corporal. — Dualismo de cualidades. — Arabes de color claro y de color oscuro. — Mezclas con negros. — La noción de los nubas. — Los egipcios. — El tipofellah. — El elemento oscuro de Abisinia. — Análisis de razas de Ruppell. — Mezclas extranjeras. — Semitas en Egipto. — Invasión de los hyksos. — Los judíos. — Los árabes. — Origen del antagonismo entre las razas urbanas y rurales en Egipto. — Mezclas turcas y otras. — Unión de Nubia y Egipto. El arquetipo etíope no es más que un producto de la fantasía. — Las nociones egipcias «Kusch» y «Chont». — Invasión de los egipcios en la Nubia meridional. — Nubia como colonia egipcia. — Independencia de Nubia. — El arte y la civilización egipcios con ropaje nubio. — Meroe. — Barka. — Florecimiento tardío y decadencia. — Sennar. — Inmigración árabe. — Los hyksos de Nubia. — El reino de los fundches. — Formaciones de pequeños Estados independientes. — Damer. — Melik. — Transición al estado actual. — Relaciones himiaríticas y sabéicas con Abisinia. — La leyenda de los automoles. — Influencias griegas. — Azum y Adulis. — Cerramiento de Abisinia por el mahometismo. — Los árabes en el Africa este-ecuatorial. — Zanzibar y otras fundaciones más antiguas. — El comercio de esclavos. — Mezcla de razas. — Arabes colonizadores y árabes conquistadores.

El Africa oriental desde el istmo de Suez hasta más allá del trópico Sud constituye un territorio de relaciones recíprocas africanas asiáticas: la costa Este de Africa es el país histórico de este continente en mucha mayor escala que el borde septentrional; por su situación y por las condiciones de distancia está destinada á ser la playa en donde van á

romperse las olas de pueblos procedentes del Asia. Las invasiones de los hyksos en Egipto y las expediciones de los árabes al Nyassa son eslabones de una cadena que se extiende desde el extremo Norte hasta casi el extremo Sud y que arrancando de dos mil años antes de J. C. llega hasta nuestros días. Las invasiones y las influencias semíticas han encontrado en diversos sitios favorecidos por la naturaleza, como Egipto, Nubia, Abisinia y Zanzibar, una forma y un destino especiales; además de estos puntos citados hay centenares más pequeños en los cuales se fijaron y movieron las mismas fuerzas. Sirven de punto de partida para decir esto la opinión de que en un país como Africa y los territorios vecinos los acontecimientos históricos se repiten con gran uniformidad gracias no sólo á la extraordinaria sencillez de las condiciones naturales sino también á la gran fijeza de los factores que en ellos entran. Y desde el momento en que vemos en muchos puntos sucesos análogos y á menudo iguales, en cuanto la observación permite analizarlos, bien podemos deducir que en otros á donde no llegaron las observaciones han ocurrido acontecimientos por lo menos semejantes. La repetición de los hechos acaba por abrir profundos lechos á los movimientos históricos, de suerte que donde una vez ha circulado una corriente con facilidad siguen otras el camino por ella trazado. Los choques que se dirigían hacia las comarcas de la costa oriental del Africa no se detenían en ellas sino que se extendían por los territorios del desierto hasta el lago Tsad y el Níger, pasando de largo por el oasis del río y por el de las mesetas, Egipto y Abisinia, sin detenerse en ellos ó á lo sumo, aunque raras veces, sintiendo por ellos cierta simpatía. La afinidad natural y profundamente arraigada entre la península arábiga y los territorios desiertos del Norte de Africa contribuyó á fomentar el cambio recíproco de pueblos en el cual, según todas las probabilidades, desempeñó antiguamente el Africa un papel sumamente pasivo. El hecho de que la costa mediterránea de Arabia prolongada por la costa fenicio-siria penetrara mucho más en el mar que la de Africa contribuyó también á que desde el Norte encontrara un apoyo la asimilación de los elementos étnicos. Los elementos extranjeros que penetraron en este vasto territorio procedían en su inmensa mayoría del Sud, es decir, de los pueblos negros cuyos torrentes cada vez más anchos afluirán al mar de pueblos á los cuales damos el nombre de Eritreos por razón del lugar en que se realizan sus más grandes y más trascendentes movimientos. No debemos tampoco echar en olvido cuánta fué la importancia mercantil de esta angosta porción del mar por la cual las flotas de Ophir navegaban para poner en comunicación el Egipto y la Fenicia con la India, la Arabia meridional y el Africa oriental.

De todos los pueblos que habitan á ambos lados del mar Rojo el más influyente en la época histórica ha sido el de Arabia. Sin embargo el hecho de que en este proceso de confusión que aquí se desenvolvió consiguiera el elemento oriental ó arábigo la preponderancia hasta el punto de que hoy en día domine en todo el Norte de Africa no nos autoriza para deducir que siempre haya sucedido otro tanto. Y si admitimos que también antiguamente partieron los impulsos de los movimientos históricos más bien del lado asiático que del africano, habremos de sentar que casi siempre estos impulsos partieron de los semitas; y así como á éstos no los vemos en Mesopotamia desde un principio como creadores sino como herederos de una civilización, así también pudo esto haber sucedido en otro tiempo en el Sud de Arabia, por lo menos, según se desprende de varios indicios. Recientemente se ha dicho que los kuschi-

tas fueron los antiguos etíopes hamitas y que los antiguos habitantes del Sud de Arabia formaron con ellos una sola raza. Hommel aplica la noción *Kusch* del Génesis á todos los antiguos pueblos cultos de distinta procedencia que residían en los países más tarde ocupados por los semitas y cuya civilización aceptaron éstos. Los testimonios de los antiguos, con ser muy posteriores, no siempre indican un carácter semítico ni aun tratándose de comarcas cuya población está hoy sometida á la influencia árabe. Strabón nos hace la siguiente descripción de los trogloditas que habitaban en el mar Rojo: «Su sistema de vida es nómada y están gobernados por tiranos: están pobremente equipados, se visten con pieles y van provistos de porras. Entre ellos, como entre los egipcios, no sólo hay mutilados sino también circuncidados. Algunos trogloditas entierran á sus muertos atándoles desde el cuello hasta los pies con ramas de arbustos espinosos.» Esta descripción más parece aplicable á los gallas y á los antiguos nubios que á los árabes. Del mismo modo puede verse á los itiófagos de los antiguos en aquella parte de los ababdehs que se dedican á la pesca en el mar Rojo y viven principalmente de los productos de esta industria, preparando también pescados salados que envían á los territorios del interior. Ya hemos dicho antes que en la historia del Sud de Arabia hay muchos detalles que permiten suponer que antiguamente era muy distinta de la de ahora la situación de los pueblos y de las condiciones de cultura. Cabe dudar de que los aditas de la tradición árabe que precedieron al imperio semítico de los sabeos, existente en el Sud de Arabia desde el año 800 ó 1.000 antes de J. C., fuesen hamitas; pero la antigua cultura de la Arabia meridional, excéntrica respecto del círculo de pueblos semíticos, y la decisión con que los antiguos egipcios buscaron allí su origen permiten suponer que, aun en otros territorios fuera de Egipto hubo una serie sucesiva de potencias hamitas y semitas, antiguos portadores de civilización las primeras y jóvenes emigrantes, quizás nómadas, las segundas.

La historia de Arabia, en lo que de ella conocemos, se nos presenta fraccionada y confusa. Zehme comienza su descripción de los árabes con las siguientes palabras: «La historia de los árabes, en armonía con la unidad no real sino aparente de su territorio, no es la de un pueblo que se haya desenvuelto de una manera homogénea: el pueblo árabe no ha sido nunca un Estado, ni un conjunto religioso ni una especialidad en la esfera de la creación y de la imaginación artísticas.» En efecto no hay en Arabia nada que pueda ser comparado con el Japón, ni con la China, ni con Egipto, ni con Abisinia. La tranquilidad y la fijeza, condiciones indispensables de una cultura elevada, faltan en las tres cuartas partes del país poco favorable á una residencia permanente: la Arabia meridional pudo tenerlas temporalmente, pero siempre cayó en manos de los árabes del Norte y del centro, dotados de mayor energía, que muy poco tenían que perder y si bien pudieron formarse así un Estado y una civilización árabes unitarios, siempre hubieron de asentarse uno y otra sobre las ruinas de los desenvolvimientos independientes de la Arabia del Sud cuyo suelo ofrecía mayor riqueza y más favorables condiciones que el resto de la península. Los elementos que se enriquecieron de territorios extranjeros no pertenecían, por lo mismo, á esta civilización de continuo amenazada é interrumpida, sino al pueblo guerrero y amante de la independencia de los árabes convertidos al nomadismo. Por igual razón desde el nacimiento del islamismo que hizo decisiva la influencia de la Arabia central fué la meridional más desconocida aún de lo que en la antigüedad lo había sido.

Si leemos, por ejemplo, á Ptolomeo quedamos admirados al ver en él un conocimiento de la Arabia más profundo y más minucioso del que podemos encontrar en otras fuentes hasta principios de nuestro siglo; casi podría decirse que desde el desenvolvimiento del islamismo ha sido borrada de la historia la Arabia del Sud á pesar de la parte importante que tomó en su desarrollo y propagación con su conjunción de pueblos, con su masa de población, con su ilustración y con sus riquezas. Los actuales árabes del Sud se encuentran tan sometidos á la influencia del elemento arábigo central y á las fanáticas ideas del Alcorán esencialmente arábigo-centrales, que negando su verdadero origen buscan una gloria ridícula pretendiéndose descendientes del centro de Arabia.

El árabe es una grandeza histórica y una noción etnográfica, pero desde el punto de vista antropológico es imposible abarcarlo dentro de límites perfectamente marcados: así nos lo demuestra una simple mirada sobre la actual población de la patria de los verdaderos árabes de la península arábiga. La Arabia no sería el país de tránsito tal como lo hemos descrito si sus pueblos constituyeran una raza más pura y más homogénea de lo que en realidad son. En un país de esta naturaleza y en el transcurso de algunos siglos, pueden haber existido fragmentos de la población que se hayan mantenido alejados de toda mezcla y hayan, por ende, formado un tipo cerrado como el que encontramos en todos aquellos puntos en que los árabes se han aislado de otros pueblos por medio de barreras sociales y más aún religiosas, para lo cual les ayuda mucho el carácter aristocrático que casi podríamos decir es innato en ellos. Así como en todas las ciudades árabes una mezcla abigarrada de razas hace que las poblaciones aparezcan formando un caos antropológico inextricable en el que la sangre negra representa un papel importante, entre los beduinos, es decir entre los árabes nómadas, las mezclas, especialmente con sangre negra, constituyen una excepción y son á sus ojos un oprobio, subsistiendo esta repulsión aun en aquellos puntos en que, como Jambo (que viene á ser el puerto de mar de Medina), el núcleo de la población se compone de beduinos provisionalmente sedentarios. Los escritores franceses hacen hincapié en la dificultad que para el régimen colonial significa la falta de una población mestiza que facilite la aproximación entre colonos é indígenas y esto nos trae á la memoria que la población árabe de Argelia se compone esencialmente de nómadas. La llamada población mora de las ciudades del Norte de Africa no ha demostrado ser inaccesible á los elementos étnicos extranjeros, sino que es, por el contrario, una de las poblaciones más abigarradas que se conocen. También los árabes norte-africanos han recibido con el tiempo algunos elementos berberiscos. Si recordamos el abigarrado cuadro antropológico que ofrecen los llamados árabes del territorio central del Nilo, veremos que el tipo de los habales, por ejemplo, presenta grandes diferencias y desigualdades: unos, tales como los describe Heuglin, recuerdan á los schohos, otros presentan caracteres árabes y yemenicos con su piel de un color de café claro, otros nos traen á la memoria á los bedjas y unos pocos á la raza abisinia con la que, por su idioma, debieran tener la más próxima afinidad. Por esto no debemos construir el modo de ser de una raza árabe cuyos caracteres habría que buscar en elementos mestizos, sino seguir los lindes del grupo mayor tal como resalta entre las muchas variantes. Puestos en este terreno la división más justificada es la en árabes de color claro y de color oscuro.

El color oscuro de la piel de los árabes del Sud es una

regla general con pocas excepciones debidas en su mayor parte á elementos extranjeros. Lange ha descrito una de las más notables que encontró en la comarca de Sanaa, en Yemen, en donde vió á los habitantes del Wadi Himgar de un color claro «casi blanco» hasta el punto de que las mujeres le recordaron el tipo sud-italiano. Análogos caracteres ofrecen otras tribus montañosas de la Arabia del Sud y sin embargo Schapira cita una tribu beduina en la montaña de 945 metros que penetra en Hodeida. Las gentes de la costa meridional tienen un color muy oscuro casi negro, que en muchos individuos no presenta los reflejos pardo-rojizos de la piel de los etíopes, un negro mate que Maltzan pudo comparar con el color de un disco de cristal ligeramente ahumado: algunos, empero, ofrecen los reflejos pardo-rojizos de los abisinios y de las gallas, aunque no son tan oscuros como los somalís, que sin pertenecer á la raza negra tienen á menudo un color muy parecido á los negros. Los abisinios se dan el nombre de «rojos» y se ofenden si se les llama negros. Maltzan creyó que el nombre himiara derivaba del color de la piel y procedía de la raíz *hamr*, «ser rojo.» Los árabes como los etíopes denominan rojo el color oscuro de la piel que forma el término medio entre el pardo amarillento y el negro. El citado autor califica de muy bellos los rasgos fisonómicos de los himiaras: «La nariz es ligeramente arqueada, algo aguilena, pero siempre pequeña y en extremo graciosa: lo propio sucede con la boca; los labios son delgados y finos; los ojos grandes, negros y sombreados por espesas cejas.» El sabeo, por el contrario, es de facciones muy marcadas; su nariz, con frecuencia excesivamente arqueada, á veces recta y siempre muy larga, su barba, su boca y sus orejas son grandes. Estas descripciones recuerdan el aspecto de los pueblos que habitan en las fronterizas costas africanas y que por su idioma, sus costumbres y su historia tienen tantos puntos de contacto con la Arabia, los bedjas por ejemplo. El beduíno, como ha dicho Munzinger, es africano por su color, caucásico por su fisonomía y semita por su lenguaje; pero estas calificaciones pueden aplicarse á muchos habitantes de Arabia. El beduíno no tiene el color tan marcado como el negro: dentro de su mismo país se distingue el rojo, con que se designa á los turcos y á los europeos, del rojo oscuro (*hamelmil*) y del negro (*dsellim*). Los habitantes de Massaua son mucho más claros de color que los pastores. El rostro de los individuos de estos pueblos es de forma perfecta, la nariz larga y recta, la frente espaciosa, los ojos grandes, la expresión noble y tranquila, el cuerpo más bien alto que bajo, rara vez gordo, y no muy vigoroso: las mujeres son, en su mayoría, delicadas y pequeñas, muy bien formadas y á menudo dotadas de un perfil clásico. Munzinger, para explicar estos rasgos fisonómicos, ha pensado en la existencia de algunas mezclas griegas y ha dicho: «Es indudable que además de los semitas otros pueblos caucásicos han contribuido á la formación de estos pueblos pastores, cuya fisonomía hace pensar en los griegos que en otro tiempo tuvieron florecientes colonias mercantiles en estas costas; y en efecto los habitantes del alto Mensa, que conservan la antigua expresión fisonómica en su forma más noble, se alaban de ser hijos de los francos.» Sólo la expresión de los ojos y de la boca turban la noble armonía del rostro de estos africanos del Este, pues añade el citado autor: «La fisonomía se ha conservado, pero el ojo y la voz varían su expresión en concordancia con la decadencia del hombre ó del pueblo.»

Otro tipo árabe nos ofrece la mayoría de los árabes nómadas ó beduínos del Norte y del centro de la península arábiga y del Norte de Africa, es decir de los territo-

rios en que las influencias de la naturaleza que les rodea son muy distintas que en los situados más hacia los trópicos, en donde el hombre se ve obligado á hacer un género de vida y á tener ocupaciones muy diferentes y en donde sobre todo están muy lejos las influencias que son causa de mezclas. Esos son los verdaderos semitas del desierto, hombres de mediana estatura, complexión nerviosa, manos y pies pequeños, cabeza estrecha, labios poco abultados, nariz elegantemente arqueada, ojos grandes y ardientes, piel bronceada, cabello oscuro y rizado y barba de igual color y poco poblada.

Tales son el hombre de color claro y el de color oscuro de estos territorios: á uno y á otro los encontramos en todos ellos con sólo algunas diferencias de mezclas. Rüppel es el primero que ha intentado determinar un doble tipo de razas para Abisinia (región que por su emplazamiento ha estado expuesta aun en la época histórica á las influencias de pueblos de tan distinta índole), á saber: uno caucásico de rostro ovalado, rizada cabellera, nariz fina y recta ó arqueada, boca regular y barba poblada, que también es el tipo de los árabes, y otro, que designa como etíope, de ovalado rostro, ojos grandes y hermosos, labios algo abultados, orejas un tanto largas, barba pobre y nariz poco arqueada. Este último es el mismo que encontramos entre los bedjas y los dongolawis. La mayoría de los modernos exploradores de este país han aceptado esta diferencia, pero no todos han admitido sus consecuencias: los que después del referido autor han estudiado esas regiones han partido de esa diferencia de tipos basada en la naturaleza misma de la población; por esto podemos citar aquí las palabras de aquel naturalista que es el que más precisas observaciones ha hecho sobre Abisinia. Rüppel se expresa con sencillez y claridad cuando dice que «la mayoría de la población ofrece un tipo hermoso de la raza caucásica cuyo rostro es idéntico al que predomina entre los beduínos de Arabia.» Y el naturalista cuya penetración en punto á los caracteres específicos de cualquier fenómeno de la naturaleza viva es bien conocida, describe luego en los siguientes términos este rostro: «El rasgo característico consiste principalmente en un rostro ovalado con la nariz afilada, la boca proporcionada, los labios regulares y no abultados, los ojos vivos, los dientes hermosos y el cabello brillante y algo rizado: su estatura es regular.» Como rasgo característico general debemos añadir un cuerpo flaco y esbelto que los ingleses, en la campaña de 1868, encontraron muy semejante al de los naturales de la India. «Sus manos — dice Rohlf — incluso las de los hombres, son extraordinariamente pequeñas, particularidad propia no sólo de los de la costa sino también de todos los abisinios que las tienen bastante diminutas para que pueda calificárselas de bellas: cualquier dama parisién envidiaría la mano del más vulgar soldado de Abisinia. La causa de esta pequeñez, ó por mejor decir de este raquitismo, es la falta de uso, la absoluta holganza.» Entre estos abisinios puros coloca Rüppel á la mayor parte de los montañeses de Simen, á los primitivos habitantes del lago Tana, á los idólatras gamantes y á los agaues.

Como perteneciente á la raza etíope se indica un segundo grupo igualmente numeroso de la población abisinia cuyos caracteres conocidos son: «nariz poco afilada y algo encorvada, labios gruesos, ojos rasgados y no muy vivos y cabello crespo, casi lanoso y grueso.» A este grupo pertenecen principalmente los habitantes de las costas, los de la provincia Hamasen y los de otras comarcas de la frontera septentrional de Abisinia. Rüppel no quiere, sin embargo, que se confunda este tipo con el de los negros puros,

cuyos caracteres aunque iguales son más marcados, y sólo concede fisonomía de negro á los esclavos changallas importados del Oeste y á sus descendientes puros y bastardos.

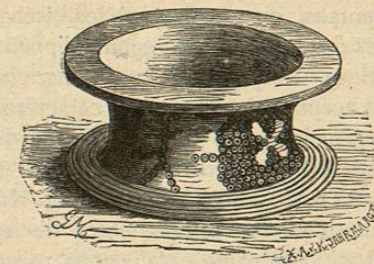
Finalmente distingue Rüppel un tercer grupo como tipo de las poblaciones gallas y califica á los schohos, á quienes diferencia de los beduínos, como buenos representantes de las cualidades externas del mismo que son: rostro redondo, nariz recta, corta y separada de la frente por una hendidura, labios algo gruesos aunque no como los de los negros, cabello recio, crespo y casi lanoso, ojos pequeños y hundidos pero muy animados, cuerpo vigoroso y estatura elevada. Estos rasgos se encuentran con frecuencia entre los habitantes del Tigré y entre la soldadesca de otros distritos. A estos tres grupos, que sólo se diferencian fisonómicamente, les son comunes las grandes variantes del color de la piel que presenta todos los matices entre el amarillo pardusco claro y el pardo negruzco más oscuro.

Imposible es penetrarse bien de esa diferencia de tipos pues queda siempre un resto inclassificable; por esto Roberto Hartmann ha procurado buscar la esencia del pueblo abisinio por otro lado analizando y descomponiendo en las fisonomías las afinidades y en lo posible los elementos de mezcla en ellas existentes y haciendo observar, por ejemplo, que en general los abisinios se parecen á los bedjas aunque, por lo menos en los territorios orientales, acusan más reminiscencias árabes y judías que éstos (véanse los grabados de las págs. 173 y 181): el propio autor encontró también algunas fisonomías egipcias. De todos modos, lo cierto es que nos las habemos con un pueblo extraordinariamente mezclado: la situación y la historia de Abisinia no permiten abrigar duda alguna sobre este particular. Por lo que hace á la primera dice Munzinger: «Abisinia está rodeada de espinas como la rosa. En el Norte, en donde la meseta descende en bancales para terminar en bajas é interminables llanuras, viven pueblos mahometanos, los hababes de color claro, las gentes de Barka, y les siguen más hacia el Norte los antiguos nómadas, los hadendoas, que hablan un idioma extranjero. Por el Oeste confina con el país del Nilo sometido á la soberanía turca y por el Sud con el pueblo de las gallas, excelentes jinetes, semi-mahometanos semi-adoradores del diablo.» Por muy fortificada que parezca Abisinia no siempre ni en todas sus partes ha podido vivir con entera independencia, habiéndose visto sometida á extranjeras influencias que se han dejado sentir unas veces hostil y otras pacíficamente. El estudio profundo de estas múltiples influencias quizás demostraría que las más enérgicas han sido las sud-arábigas y principalmente las semíticas; pero tampoco puede esto afirmarse de un modo absoluto. El resultado es patente, mas sería inútil querer demostrar qué elementos constituyentes lo han producido.

¿En qué relación están los negros propiamente dichos respecto de los pueblos que habitan este país, designado tantas veces equivocadamente con el gran nombre de Etiopía? En Abisinia no hay más negros puros que los esclavos importados, y aun éstos en muy escaso número. Partiendo de una equivocación probablemente imputable á Bruce se ha querido poblar de negros la comarca situada entre los ríos Takasseh, Maleb y Dinder, que en su mayor parte tiene todo el aspecto de un país pantanoso y cubier-

to de bosques; pero lo cierto es que al Norte de Abisinia y al Este del Nilo no se encuentra negro alguno. Ya Rüppel dice que la raza allí habitante «es idéntica á la de los vecinos bischariehs, á la de los hababes y á la de los dongolawis establecidos en Chendi y en el Nilo.» Los habitantes de esta comarca están rigurosamente separados de los demás abisinios, pues como no son cristianos ni mahometanos, éstos les han declarado infieles y considerado como individuos de una raza condenada á la esclavitud por la providencia divina; por esto se organizan contra ellos verdaderas cacerías. En Abisinia se les designa con el nombre genérico de changalla-takassehs y se les tiene por los mejores y más leales esclavos, en lo cual se diferencian de los esclavos indígenas de procedencia abisinia («libertinos, embusteros y manirroto.»)

En muchas partes se parecen igualmente á los árabes los nubios, los cuales comparados con los negros constituyen «una especie más noble del género humano;» pero también se asemejan á sus vecinos del Norte, los egipcios. Si bien Harnier dice de los nubios nómadas de Sennar que «á juzgar por su hermoso rostro son de origen árabe,» Rohlf hace notar en dos vecinas tribus afinidades con el Sud: los hadendoas y los bischariehs por su figura y por su continente le recuerdan en alto grado á los abisinios «con los cuales estuvieron en íntima conexión que más tarde fué disminuyendo con la diversidad de religiones.» Al expresarse así, sigue Rohlf la opinión de Burckhardt y de Rüppel quienes comparan á los nubios con los abisinios confirmando con ello una antigua observación de Bakui. Si oímos al mejor crítico en cuestiones antropológicas de Africa, á Schweinfurth, veremos que no sólo encuentra á los bagaras más hermosos que todos los otros nómadas del país del Nilo, sino que ve muy pocos rasgos semíticos en su aspecto exterior y cree haber descubierto entre ellos bastantes tipos cuyas fisonomías le recuerdan las de antiguos compatriotas. A esta última observación, interesante bajo otros conceptos, no le damos gran importancia dentro de nuestras investigaciones para encontrar los caracteres típicos externos de los nubios, porque otro tanto han dicho de los negros del interior del Africa observadores tan buenos como D. Livingstone y Max Buchner. Pero de todos modos no deja de ofrecer interés el he-



Brazalet de marfil de Kordofán. (Christy Collection, Londres).

cho de que ofrezca tan pocos rasgos semíticos un pueblo en el cual se ha demostrado la existencia de tanta sangre semítica. Esto parece fortalecer la esperanza de poder fijar una forma del carácter nubio, pero esta esperanza es sumamente pequeña comparada con las dificultades de que acabamos de hacer mención. Rüppel ha hecho en ese sentido con los nubios lo que con los abisinios, es decir una laudable tentativa que no podemos pasar por alto: cierto que no se le oculta que los antepasados de los actuales nubios «sufrieron una notable mezcla de sangre extranjera» á consecuencia de haber sido repetidas veces sojuzgados por tribus enemigas, pero después de un minucioso exa-



Anillo de latón para la nariz, de los suahelis (Museo para Etnografía, Berlín).